Arawani

Natalia Santamaria Castiblanco

Mientras María se encontraba a las 11 de la mañana en su silla, con la mirada perdida y fija en la pared blanca de aquella casa, en la fría pero acogedora Bogotá, llegó su nieta Natalia a visitarla. Al verla, le ofreció una gran sonrisa.

—Hola, abuela, ¿cómo estás? —preguntó Natalia con ternura.

—Bien, bien, bien…—respondió María con su voz pausada.

Desde hace cinco años, el Alzheimer había ido apagando lentamente los recuerdos de María. Natalia, con la esperanza de poder comunicarse con su abuela y llegar a lo más profundo de su mente y su corazón, tuvo una idea.

—Abuela, te voy a contar un cuento, ¿te parece?

María asintió con la cabeza, lo que Natalia tomó como un sí. Tomó aire y comenzó a leer en voz alta.

En lo más profundo del municipio de Guainía, en el Resguardo CMARI (Cuenca Media y Alta del Río Inírida), vivía Arawani, hija de una pareja de indígenas de la etnia Puinave. Su padre, Nukirri, era pescador y agricultor, mientras que su madre, Yurupé, junto con su abuela Mairani, se encargaban del hogar y de transmitir las tradiciones ancestrales.

Arawani, de once años, era la menor de dos hermanos. Su nombre había sido pensado desde su concepción; significaba "Hija de la selva". Sus padres la habían soñado mucho antes de su nacimiento y, para concebirla, su madre recibió baños de piñón de monte, un ritual de fertilidad y de preparación guiado por el líder espiritual de la comunidad.

Desde pequeña, Arawani fue criada por su madre y su abuela, mientras su padre trabajaba cultivando yuca brava, maíz y plátano, productos que se consumían en casa y, en tiempos de cosecha, se llevaban a Inírida para la venta. Durante sus primeros años de vida, Arawani recibió amor y cuidados en un entorno lleno de naturaleza. Su alimentación inició con lactancia materna exclusiva hasta los seis meses y luego continuó hasta los dos años, pues Yurupé creía que su leche no solo la nutría, sino que también le transmitía fuerza y protección espiritual. Luego de

los seis meses, su dieta incluyó frutas amazónicas, casabe, fariña, plátano y pescado, su alimento favorito.

Su educación estuvo basada en la transmisión de conocimientos ancestrales, el equilibrio con la naturaleza, la relación con los espíritus de la selva, el uso de plantas medicinales, las tareas del hogar, la elaboración de artesanías y el tejido. Sin embargo, su curiosidad por la educación formal despertó cuando conoció a María, una médica que realizaba brigadas de salud cada año en su comunidad. María, además de hacer su labor de médico, le hablaba sobre el mundo exterior y otras culturas, sembrando en ella un deseo de aprender.

Al cumplir 13 años, Arawani tuvo su primera menstruación, algo que no sabía que marcaría un antes y un después en su vida. Todo inició con el rito de iniciación y transición a la adultez, un ritual especial que se realizaba en todas las niñas una vez tenían su primera menstruación. Justo por esta temporada, María, la médico, se encontraba en la comunidad, y Arawani, con quien había hecho una amistad, le pidió que no la dejara sola en ese proceso. María aceptó y de inmediato habló con sus padres y el líder espiritual de la comunidad, quienes le indicaron que podía acompañarla, pero en ninguna circunstancia interponerse ni alterar el ritual.

Durante el ritual, Arawani debía permanecer aislada de la comunidad por dos semanas para aprender sobre esta nueva etapa en su vida. Durante este tiempo, su alimentación cambió. Debía ser un tiempo de purificación y preparación para la adultez, principalmente a base de yuca, de la cual se hacía la fariña y el casabe, frutas y pescado seco, siempre en pequeñas cantidades para demostrar su fuerza y resistencia.

Durante estos días, estuvo bajo la compañía de Yurupé y Mairani, quienes le enseñaron sobre el ciclo menstrual, la fertilidad, el matrimonio y la crianza de los hijos. Arawani, muy atenta a toda la información que le transmitían, se sentía feliz de llegar a esta etapa con mujeres tan valiosas a su lado. Por supuesto, María estuvo ahí siempre, expectante del proceso, y se convirtió en su apoyo emocional.

En la cuarta noche de la primera semana de aislamiento, bajo la luz de las estrellas y el murmullo de la selva, María le preguntó a Arawani: —¿Qué piensas sobre casarte y tener hijos? ¿No crees que hay muchas cosas que podrías vivir antes?

Arawani permaneció en silencio y, minutos después, respondió: —Así lo han hecho todas las mujeres, ¿por qué yo tendría que pensar diferente?

Sin embargo, estas preguntas resonaron toda la noche en su mente y, por primera vez, Arawani se cuestionó si su destino estaba escrito o si podía tomar sus propias decisiones en su vida.

Los días siguientes continuaron con enseñanzas de su madre y abuela, relatos de anécdotas y, sobre todo, más preguntas de María sobre su misión en la vida. Al finalizar las dos semanas, Arawani volvió a la comunidad, donde la recibieron con música y danzas tradicionales. Le decoraron su rostro y cuerpo con tintes naturales, además, su madre y su abuela le regalaron dos collares y una pulsera como símbolo de la nueva etapa. Toda la familia se reunió, ofrecieron un banquete comunitario y, al final de la ceremonia de bienvenida, el líder espiritual le recordó las responsabilidades que iba a tener a partir de ese momento: continuar su aprendizaje sobre la maternidad y el cuidado de los niños, su participación en las tareas del hogar, preparación para el matrimonio y el oficio del tejido y confección de artesanías. Fue una ceremonia muy importante, motivo de orgullo y respeto para Arawani y su familia. Sin embargo, en su corazón, Arawani ya había tomado una decisión.

En la noche, al acostarse, recordó aquellas preguntas que había hecho María en días pasados y respondió para sí misma:

—Quiero terminar de ser niña, disfrutar mi adolescencia. Aún no quiero casarme, ni tener hijos. Quiero estudiar y luego volver a mi comunidad.

Al siguiente día, María partía de nuevo a Bogotá, su ciudad natal. Fue a la casa de Arawani, se despidió de ella y su familia. Arawani la acompañó a la entrada, le agradeció por haberla acompañado y, con lágrimas en sus ojos, la abrazó. María se despidió y le dijo:

—Vendré a visitar la comunidad cada año. Espero que cada vez tengas más claras las respuestas a mis preguntas.

Durante los siguientes años, Arawani continuó con sus responsabilidades en casa, acompañando a su madre y su abuela, pero también empezó a asistir a una escuela que se encontraba a dos horas en lancha desde su casa, donde aprendió a leer y escribir en español, además de conocimientos básicos de primaria y bachillerato e historias de su cultura. A sus 15

años, Arawani negoció un trato con sus padres: podría irse a la ciudad a estudiar si al final regresaba a la comunidad. Ese año, Arawani esperó ansiosa la brigada de salud y le contó a María todo lo que había aprendido y la decisión que había tomado gracias a ella.

A los 18 años Arawani viajó desde Inírida a Bogotá. María la acogió como su hija. Arawani estudió licenciatura en educación infantil; se apasionó por la enseñanza de niños, siempre con la meta de regresar nuevamente a su comunidad y retornar todo lo aprendido. Pasaron cuatro años y, finalmente, lo logró: se graduó como maestra. María trajo a los padres de Arawani a Bogotá para que compartieran con ella ese momento tan importante. Los días siguientes se organizó el retorno de Arawani y sus padres a CMARI. María se sentía muy orgullosa y feliz; había aportado a que una niña soñara, viera más allá y desarrollara todo su potencial, preservando su cultura. El día del vuelo de regreso, María le dio un pequeño papel a Arawani donde decía: *Siempre creí en ti*.

Desde el retorno de Arawani a la comunidad, cambiaron muchas cosas. Se potenció la educación formal en el resguardo, se dieron más oportunidades a las niñas, se les dio la opción de decidir. Arawani aprovechaba cada que tenía oportunidad y viajaba a Inírida para mandarle cartas a María, contándole todo lo que estaba haciendo en su comunidad.

Pasaron los años. Arawani cumplió su trato: se casó, tuvo tres hijos, pero nunca dejó de lado sus sueños, e incluso escribió un libro de su vida que fue impreso por una editorial.

Años después, aquel libro llegó a Bogotá, con un mensaje en la contraportada:

"Señora María, en la vida de un niño hay muchas fortunas. Una de ellas es tener un hogar, una familia, en mi caso, una comunidad entera llena de cultura y amor. Pero otra fortuna fue que usted llegara a mi comunidad, una médico que, más allá de prestar un servicio de salud, se fijó en el desarrollo de la infancia y adolescencia, y en mi caso, hizo las preguntas más importantes de mi vida. Me apoyó a cumplir mis sueños y a replantear mi papel como mujer en la comunidad. Estaré eternamente agradecida y la recordaré siempre. Gracias por haber creído en mí."

Natalia terminó de leer con los ojos llenos de lágrimas. Miró a su abuela y vio en su rostro algo que no había visto en años: una sonrisa.

—Yo también cumplí con mi misión —susurró María.

Natalia la abrazó con fuerza, comprendiendo que, a pesar del olvido, el amor y las historias siempre permanecerán.